

JOSEPH VOCT, *Constantino el Grande y su siglo*. Trad. del alemán por Sergio Belaieff. Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1956, 314 pp., 16 x 24 cms., 9 grabados.

Vogt ofrece una síntesis de la crisis por que atravesó el Imperio romano durante el siglo in p. Ch., poniéndonos al corriente de las circunstancias que condicionaron la restauración de Diocleciano y, seguidamente, la 'revolución de Constantino'. Resulta así dividida la obra en cuatro partes: "La crisis de la Antigüedad en el siglo m", "La restauración de Diocleciano", "La revolución de Constantino el Grande" y "La época de Constantino". Esta última es más bien un apéndice de la tercera parte, la más importante.

Señala todas las implicaciones de la política exterior, así como los dos grandes peligros que amenazaban la seguridad del Imperio: en Occidente los pueblos germanos y en Oriente el nuevo imperio de los Sasánidas, que había desplazado a los partos. La barbarización general del ejército y el debilitamiento del poder central por el particularismo de las provincias, fueron el resultado inmediato de esta lucha constante por la conservación de la integridad. De otro lado, con Septimio Severo había comenzado la larga serie de emperadores-soldados y el predominio cada vez mayor del despotismo castrense. Sin el prestigio de Augusto, quienes le sucedieron no supieron mantener el equilibrio que proporcionaba la diarquía, por la cual el príncipe y el Senado se sustentaban mutuamente. El ejército vino a constituir el punto de apoyo para los emperadores, hasta el extremo de quedar a su arbitrio la elección del soberano: éste, muchas veces de la más humilde extracción, ascendía al solio para ser asesinado. En tal estado de cosas sobreviene la más terrible anarquía, superada finalmente por Galieno y sucesores, quienes se preocuparon de conservar lo que habían heredado, hasta que "... el más capaz y afortunado de ellos, Aureliano, echó las bases para el edificio de la época de Diocleciano y Constantino" (p. 42).

Nos descubre, tras el brillante cuadro de la vida del Imperio en la época de los Antoninos, las raíces de la desintegración que alcanzará su cúspide en el siglo siguiente: debilitamiento de una burguesía demasiado próspera, competencia económica de las provincias contraproducente para la metrópoli, ausencia de una técnica imprescindible para favorecer la expansión del capitalismo, enormes gastos del Estado y erróneas medidas fiscales, epidemias, obligada intervención del Estado en las empresas privadas, disminución de la mano de obra en el campo, así como la multiplicación de latifundios y desplazamiento de la población rural hacia la Urbe. Son éstos algunos de los factores a que atribuye el A. la crisis posterior.

Dedica un capítulo a la evolución de las creencias durante el Imperio, la preparación espiritual, por así decirlo, de una creencia capaz de satisfacer plenamente los anhelos religiosos que iba despertando el vacío en torno a los antiguos dioses. El carácter político de la religión romana y, asimismo, la reclusión de los ciudadanos en su vida privada, impuesta por el Imperio, favorecieron el auge de la filosofía estoica y la infiltración de los ritos orientales, cuyos valores llegaron a constituir el alimento espiritual de una sociedad dispuesta vitalmente a recibirlos. En conexión con este tema destaca la significación del Cristianismo en el mundo antiguo y su postura única por el monoteísmo que ostentó desde el principio: con el tiempo ha de advertirse el contraste entre la nueva concepción aportada y ese mundo, en todos los órdenes. Primeramente inadvertido, bajo Domiciano la actitud del Cristianismo degeneró en conflicto con el Estado. En tanto que este último careció de un instrumento jurídico contra la nueva religión, su desarrollo fue asombroso. Clemente y Orígenes inician la Teología con el acervo de toda la sabiduría pagana y, en con-

traste, Tertuliano se entrega a su fe prescindiendo de cualquier explicación, mientras que Celso plantea las objeciones del espíritu culto. Sobrevienen las grandes persecuciones, provocadas por el afán revivificador y el absolutismo de los emperadores ilíricos, hasta que en el 260 Calieno deroga los edictos de Valeriano. Ha llegado el momento en que se suscita la pregunta de si podía el Imperio conservar en su seno, sin decidirse unívocamente en pro o en contra, una Iglesia que presentaba en forma tan evidente su aspiración a la universalidad" (p. 98).

La segunda parte del libro comienza con una exposición sobre el afianzamiento del Imperio logrado por Diocleciano, cuya política fue una lucha desesperada contra la anarquía. Triunfó en su intento válido de las virtudes de político que le adornaban, así como de la vigorosa reforma que, aunque efímera, pudo consolidar en un momento dado el Estado vacilante. Profundos cambios sociales en el Imperio reclamaban la ampliación del aparato estatal, pues, desaparecida una clase social que era el pilar del Estado, la iniciativa debía proceder en adelante de funcionarios especializados en los diversos ramos de la administración. Era urgente, por otra parte, centralizar los recursos materiales de las provincias y debilitar la autonomía de los gobernantes. La reforma burocrática —con sus ingentes gastos— provocó el desequilibrio económico, que las enérgicas medidas del gobierno no pudieron remediar. Pese a todos los fracasos la consigna de los gobernantes era salvar al Imperio, pero cabe preguntarse si merecía la pena tal intento cuando todas las reformas no eran sino puntales de una sociedad a punto de desplomarse.

La actitud restauradora de Diocleciano fue la causa determinante de la persecución del Cristianismo. Asumió el papel de censor resucitando con mucha seriedad el papel de salvador del Estado, un poco en desuso, e imponiéndose esta tarea en materia de moral y de fe. Revive la antigua fe romana en el culto a los dioses, queriendo procurarse su protección como antaño. Inmediatamente después de su último edicto contra los cristianos, abdica, hecho inusitado que revela una de las facetas de ese complejo carácter. Vivió lo bastante —dice Vogt— para "... ser testigo de cómo gran parte de su obra era sacudida en sus cimientos y cómo al fin él mismo caía en el olvido" (p. 142).

En la tercera parte nos dice que la proclamación de Constantino como Augusto (en 306), a la muerte de su padre, fue el primer golpe asestado al sistema imperial creado por Diocleciano. Sobreviene una época confusa y turbulenta, que se desenvuelve en tomo al problema sucesoral. Constantino pudo conformarse y esperar tiempos más propicios a su ascenso después de que Galerio nombró en su lugar a Severo Augusto de Occidente. Su precedente, sin embargo, favoreció la usurpación de Majencio, hijo de Maximiano: la ausencia de Diocleciano había puesto ya en evidencia lo artificial de su sistema. La política religiosa y la advocación olímpica de cada uno de los emperadores reflejaba muy bien las tensiones existentes y las ambiciones que maduraban en todos. No cabe duda de que en este sentido Constantino iba más lejos que los otros, pues desde el primer instante se pronuncia contra la tetrarquía y reclama el poder hereditario. A la muerte de Galerio queda planteado el problema de la sucesión abiertamente. Había llegado el momento propicio para que la ambición de Constantino se manifestara. Tras la batalla de Milvio y dueño de la situación, junto con Licinio comienza otra etapa en la carrera por el poder absoluto, que duró aproximadamente diez años. La doble autoridad actuó de consuno respecto al Cristianismo (era válido el Decreto de Milán para ambos Imperios), aunque finalmente la tensión existente determinara una actitud distinta, que desató un conflicto de apariencia religiosa: mientras Constantino se mostraba como decidido protector de la Iglesia, e incluso intervenía en sus asuntos queriendo ganarla a su causa

c incorporarla al Estado, Licinio era indiferente y hasta adverso a la nueva religión. La victoria del primero en Crisópolis pone fin a la situación y le confiere el poder absoluto a que aspiraba. Ya puede dirigir sus esfuerzos a unir el Estado romano y la Iglesia cristiana en toda su extensión. Con esta finalidad se acusa cada vez más su intervención en los asuntos de la Iglesia, anticipando desde el primer momento el césaropapismo. De otro lado, la influencia de la Iglesia crece a tal punto que el emperador cree conveniente romper con Roma, cuna de la tradición pero ha tiempo abandonada como capital, y asignar una nueva sede cristiana, más estratégica, a la capital del mundo (330).

Vogt señala entre las reformas de carácter administrativo de Constantino la centralización en su persona de todo el Imperio, al contrario de Diocleciano, y, como pilares del absolutismo, al ejército que reformó y al Cristianismo que recluía al hombre en sí mismo favoreciendo esta política.

Finalmente, nos muestra en toda su magnitud la incógnita que suscita la actitud religiosa de Constantino: no duda de su sinceridad, pero tampoco olvida que el emperador era ante todo un político, y no dejaba de advertir las ventajas que le proporcionaba incorporar al Estado universal una religión que aspiraba precisamente a la universalidad. Por último, dedica el A. una cuarta parte a describir la época de Constantino, cuyos matices más salientes fueron dibujados por el Cristianismo y por el propio emperador.

En resumen, un libro de fácil lectura, en el que el A. no descuida los caracteres de los personajes para dedicar excesivo espacio a los hechos, logrando así el equilibrio que torna amena la lectura de la historia. La personalidad seductora de Constantino está tratada con discreción, sin demasiadas afirmaciones, dejando entrever con claridad ese enigma que suscita el cotejo de su actuación como político y sus íntimas convicciones como hombre.